

¿QUO VADIS DEMOCRACIA CHILENA?

Durante años hemos escuchado la cantinela de “la democracia”, primero como la aspiración máxima de un “pueblo oprimido” y después, como recurso al que se echa mano cada vez que se quiere manipular a las masas populares o engatusar a un ingenuo electorado. Si la “democracia” es lo que se vio este 21 de Mayo, quiere decir que los políticos nos han engañado una vez más. Esta vez, vendiendo una idea que ellos son los primeros en no respetar. Como evidencia de ese engaño, la clase política chilena ha vuelto a dar un triste espectáculo, acercándose peligrosamente al de aquellos años que culminaron en 1973 con la inevitable intervención de las FF.AA. Así, vemos una vez más como se dejan de lado los intereses superiores de la Patria y el respeto a los símbolos nacionales, para satisfacer mezquinas ambiciones de poder, burlando obligaciones constitucionales y lo que la gente espera de sus representantes.

Toda violencia anexa es simplemente consecuencia de ello, por más que algún analista trate de convencernos diciendo que la agitación actual proviene de un “movimiento mundial de empoderamiento del ciudadano común” o que es “la consecuencia inevitable de la conectividad que ofrecen las redes sociales”. Esas, son simplemente patrañas. La verdad es que las viejas herramientas del marxismo ortodoxo han regresado en gloria y majestad, volviendo a implantarnos la **agitación** y la **propaganda** que siguiendo los perversos designios de Gramsci se valen de la ingenuidad y falta de cultura de una gran parte de la sociedad que comulga ciegamente con sus falacias.

Así tenemos a una enorme cantidad de manifestantes alegando en contra de Hydroaysén, sin que tengan la menor idea de qué se trata realmente el proyecto, haciendo para ello suyas las ideas fuerza difundidas por una campaña millonaria que nadie sabe quien financia desde el exterior y que representa una intervención inaceptable en nuestra soberanía nacional. No se trata de aceptar o rechazar por que sí y ante sí un proyecto de esta naturaleza, si no de la falta de un debate serio que debió haber sido iniciado mucho antes de la llegada de este gobierno, lo que no ocurrió debido a la clásica “muñeca política” de los marxistas y democratacristianos, acostumbrados a dejar las tareas complicadas para el que vendrá.

Conformado por gente de mayor preparación que el anterior, este gobierno debió haber puesto el tema en el debate público desde el primer momento, sin dejar su discusión en manos de quienes tienen intereses creados en el proyecto. A raíz de su inacción, los simples ciudadanos nos encontramos sumidos en una profusa campaña propagandística proveniente de los ecologistas, enfrentada por una muy poco consistente campaña de la propia empresa eléctrica. ¿Y el gobierno no tiene nada que decir? ¿O creyó que con mencionarlo en el mensaje del 21 de mayo iba a bastar? Esta marginación del Ejecutivo deja a los ciudadanos comunes expuestos a absorber lo que la mejor propaganda consiga imponerle, como si se tratara de la competencia entre las bebidas Cola. No es posible que gente tan preparada no haya previsto que no bastaba con el mercado para informar adecuadamente a la sociedad acerca de la importancia estratégica que representa para el futuro de Chile la explotación racional y oportuna de nuestros limitados recursos energéticos.

A pesar de las manifestaciones y de la violencia asociada al tema de la Patagonia, el verdadero problema que aqueja a nuestra sociedad y a la democracia que aún decimos sustentar, es la degradación de la calidad de los representantes del pueblo, en particular de una gran parte de los parlamentarios, que —desprovista de dignidad y de vergüenza— no solo violan las leyes del tránsito, cometen abusos, usan dineros y bienes fiscales para sus propios intereses, etc., si no que además se dan el lujo de faltar el respeto a los símbolos patrios y a la institucionalidad republicana. A modo de ejemplo, tenemos a un grupo de 36 diputados y 12 senadores que simplemente no asistieron a la cuenta presidencial, argumentando compromisos anteriores o superiores... Para peor

desgracia, la mayor parte de ellos integra las filas de la propia coalición gobernante, más específicamente de la UDI...

Si al desaire al Presidente de la República sumamos el abandono de deberes constitucionales cometido por estos parlamentarios, podemos concluir que la clase política se autovalora cada vez menos y que hace méritos para el desprecio que la mayor parte de la ciudadanía les profesa. Si agregamos el despliegue de lienzos propagandísticos, financiados por privados de quien sabe dónde y el uso malicioso de las invitaciones por algunos congresistas de la oposición para infiltrar agitadores que interfirieran con la solemnidad del acto, podemos seguir sumando desprecio y rechazo. Si a todo ello agregamos la falta de respeto y de buenas costumbres mostrada por aquellos congresistas que dejaron de prestar atención a las palabras del presidente para dedicarse a “twitear” o mandar correos electrónicos, se supera todo límite aceptable respecto de la caballerosidad y corrección que deberíamos esperar de nuestros representantes en el Poder Legislativo, demostrando su falta de clase y de don de gentes.

¿Cómo pueden entonces pretender los señores del mundo político que el resto de la sociedad se comporte en forma correcta y respete las instituciones, si ellos mismos están demostrando que les importan un comino? Con esta degradación progresiva, nuestros malos parlamentarios y pésimos dirigentes sociales parecieran querer conducirnos aceleradamente hacia un nuevo colapso de la clase política, demostrando su incapacidad para convivir decentemente, porque no practican mayoritariamente la decencia; evidenciando su incapacidad para comunicarse entre sí, porque simplemente no saben escuchar; y finalmente mostrando su incapacidad para entender el rol que les corresponde dentro del Estado, porque su ignorancia cívica es mayúscula.

Si ésta es la “democracia” que ellos han proclamado como la panacea del mundo moderno —a pesar de haber atentado algunos gravemente contra ella durante años— debiéramos promover otra clase de gobierno, donde el poder de los parlamentarios sea evaluado periódicamente por sus electores, pudiendo relevarlos de su cargo ante el incumplimiento de sus deberes. Para ello, habría que hacer una gran reforma, llevándonos quizás a un sistema parlamentarista que —como en el caso español— amenace permanentemente a los ineficientes con el riesgo de ser derribados por el voto popular, como acaba de ocurrirle allí a los socialistas. Algo que en Chile no sucede, puesto que se les garantiza “a todo evento” una permanencia en la que hacen lo que quieren, como quieren y cuando se les da la gana ... o hasta que se acerquen las próximas elecciones, momento en que salen a engatusar incautos para ganar su voto.

Los ciudadanos comunes queremos orden y seguridad, queremos finalmente Paz. A cambio de ello nuestros políticos nos ofrecen cada vez una mayor polarización y el odio —clásica bandera de lucha de los marxistas— se instala cada día con mayor fuerza en nuestras almas. Si no lo creen, pregúntenle que siente al esposo de la señora embarazada, asaltada y abusada por un par de delincuentes que fueron liberados en dos horas gracias a la justicia impuesta por los señores Aylwin y Cumplido. Si no lo creen, pregunten a la gran mayoría de ciudadanos decentes de este país que —pese a la campaña de desprestigio y a la persecución inmisericorde y asimétrica de que son objeto los militares— siguen añorando los tiempos en que vivíamos con respeto, en orden y en paz, después de haber soportado 1.000 días de esto que hoy nos comienzan a presentar una vez más. Lo único bueno de esta desgraciada escalada de violencia, es que gracias a los desaciertos de la clase política actual, los más jóvenes podrán entender las verdaderas causas del 11 de Septiembre de 1973 y comprenderán que éste no ocurrió porque los militares lo quisieron. Ojala esta clase política decadente deje de prostituir una fecha tan sagrada como la que conmemora el sacrificio de Prat y sus hombres, enlodándola con un espectáculo tan vergonzoso como patético.

23 de Mayo de 2011

Patricio Quilhot Palma